El residuo

Otilia Martínez Vegazo

El residuo

Otilia Martínez Vegazo

Avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Otilia Martínez Vegazo, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-50-5
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M-3419-2025

Al sentido del humor.

PRÓLOGO

Esto es una novela, ni siquiera histórica, porque no ha dado tiempo a mirarla desde lejos y la historia necesita perspectiva. Novela es, sarcasmo, también. Se trata de una copia exhaustiva de los periódicos nacionales como ABC, El Mundo, El País y, por deformación, de los cercanos, como Ideal y Granada Hoy. Son el fondo de una historia diaria: la periodística, la que nos pone delante de la fotografía, o detrás. Nosotros somos las figuras que transitamos en esas fotos, de una forma u otra.

Los estudiantes o los trabajadores, en masculino o femenino, son nuestros hijos/as, los de cualquiera. Habíamos conseguido una Transición ejemplar, habíamos recuperado —admito que siempre me gustó la frase de González— la autoestima del carné de identidad, habíamos incluso logrado una posición económica que permitiera una franja amplia de clase media y un paro escaso. El castillo de naipes caído no es sino la reproducción de los periódicos. Este es el mundo de nuestros hijos y las causas las debemos deducir todos. Yo no he participado en debates políticos ni tengo una especial formación política, mi tarea ha sido copiar durante meses lo que gritaban a voces los diarios o lo que las propias televisiones ya no escondían.

Como dijo Albert Camus: «Un personaje no es el novelista que lo ha creado, las probabilidades son que el autor sea todos sus personajes a la vez».

Así, soy responsable de mis personajes y de sus actuaciones; del fondo de pantalla, la responsable es la realidad. Comparto

con Camus que los personajes no son sino los autores con algún roce de la calle: la gente suele buscar su retrato en un personaje y los personajes son fotogramas de autor. La gente se empeña en buscar su retrato en los libros y somos los autores los que aparecemos. Yo veo guapo a Quevedo, porque la belleza está en el ojo que mira.

Cuando empecé a escribir este libro tenía dudas sobre muchos aspectos de la historia, una de mis aficiones favoritas. Me había costado comprender a los silenciosos a lo largo de los siglos, había buscado explicaciones en la ignorancia y en el miedo. Conforme pasaban los siglos y se producían las guerras mundiales, el papel de los silenciosos saltaba a la primera página: no hubiera sido posible el desastre del siglo XX sin ellos. Viendo los recortes, este *collage* —en realidad no hago sino recortar la realidad y pegarla— explica perfectamente a los silentes.

Tantos fraudes —uno detrás de otro— de millones de euros, no solo exigen autores o cómplices, sino silenciosos sabedores de lo que ocurría. En medio de esta inmensa corrupción, a mí me llegaba, doloroso, el papel de todos los que podían haber hablado, haber detenido este bochorno para que el escarnio no hubiese sido tan grande. No hay parcela pública que se salve.

El silencio es el que consiente, el que ha consentido, yo no sé si por proteger sus puestos en política o en el trabajo, no sé si por evitarse problemas, pero lo cierto es que ese silencio responsable resuena igual de culpable. La corrupción ni siquiera es bilateral, como decía un periodista en un artículo de opinión, sino que es multilateral. Te preguntas, volviendo la vista atrás, en una guerra fratricida como fue La Guerra Civil, si no daba más vergüenza el que denunciaba a un vecino por puro odio o todos los que callaron.

Cuando te salen los personajes de los dedos, cuando van cobrando forma, en ocasiones te sorprendes al mirarlos porque los hay en los que no te reconoces, aun cuando algo tuyo deben tener. En esta novela he ido sintiendo, mirando la utopía de cambiar un país, desde la falta de fe que me faltaba, hasta crear una fábula, pero necesitaba crearla porque tenemos que seguir adelante. No olviden la novela está escrita entre el 2012 y 2013. Dani ignoraba lo que vendría después.

He pasado las horas buscando esencias y aromas en el aire.

Acabé sin pretenderlo en la médula de los huesos.

En ese sitio que llaman Poesía.

Otilia Martínez Vegazo.

CAPÍTULO I

Independencia.
(Oración a ningún lugar).

Independencia, dame el nombre exacto de las cosas,
independencia, deja que viva
con una taza aromática de café.
Deja que, si se puede, llene una maleta para cruzar el mundo.
Yo cruzo esta bella ciudad.
Independencia, deja que me revuelque en la cama,
con mis hijos por las mañanas,
con la risa tapada con los cojines.
Independencia, deja que las preocupaciones
vayan saliendo del baúl
como vestidos apolillados.

Independencia, deja que mi pasado sea tan hermoso
como lo ha sido.
Pero déjalo atrás.
Independencia, trae a una mujer tranquila,
de pocas palabras.
Deja que pasee con el silencio
acompañado como siempre soñé.
Independencia, deja que confíe con los ojos de un niño.
Deja que el mundo de afuera sea solo el mundo de afuera.

Independencia, regálame alguna noche inolvidable
no por espectáculo sino por ternura.
Yo puedo poner fuegos artificiales,
pero lo que me deshace es la ternura.
Independencia, haz que necesite unos ojos al levantarme.
Independencia,
no me hace falta nada más para ser un hombre completo.

Acisclo Montaner.

Yo he vivido con dos locos durante mucho tiempo y la gente me pregunta: «pero Daniel, ¿por qué no cogiste las de Villadiego?» Oye, qué fácil que es decirle a alguien que haga las maletas, como si cambiarse de piso fuera tan sencillo.

Una vez que te has acostumbrado al váter y al microondas —porque tarda uno en adaptarse al baño y a calentarse la comida a gusto, y porque se le toma cariño al sillón de tantas horas pegado viendo la tele y… ¿Para qué otro sillón y otra tele si ya te has hecho a una? ¿Por qué cambiar? Si es que la gente cree que salir de la casa de uno tiene un momento de decisión y las decisiones se hacen complicadas conforme pasan los años y uno ya no está para andar esquivando gentes porque no sabes cómo serán los siguientes, porque las vecinas y los vecinos ya son conocidos y el bar donde te tomas el café y compras los preservativos —que no usas— y donde discutes de la política —que no sabes— y porque ahora ya me corta el pelo el barbero a mi gusto y porque el autobús que me lleva a la facultad me coge cerca y que, además, los locos estarán locos, pero me cogieron en pleno coma etílico y me llevaron a la casa y yo ni sabía si me había desnudado porque a mí me da por tirar prendas por la borda cuando me hincho

de güisqui y en pelotas y todos ellos me llevaron a la casa, ¿eso no vale? ¿Eh? Y todos venga a preguntar que por qué vives con unos locos cuando te dejan la cómoda para que metas tu ropa, cuando no hay más que una cómoda y después no te tocan los *cedés*… ¡Que los hay que te tocan los *cedés*! ¿Eso no cuenta? Pues claro que cuenta hombre, claro que cuenta.

Todos con la misma cantinela de los locos por lo de la pequeña bomba de la calle que no fue sino un experimento que Juan, por aquello de la química que tenía que probar, porque su hermana que es puta, sí, puta, no hombre no que yo diga que es puta, no, es que es puta, pues el muchacho quería sacarla de las calles y para evitar que siguiera en El Retiro pues él quería una patente y con la patente pues pagar algún gasto y que no fuera su hermana la que lo mantuviera a él y esas cosas. Pues por eso mezcló un poco de química y se pasó con el amonal y así que retumbó más de la cuenta y luego llegó la cuenta, la de verdad, la de los cristales, porque el imbécil de la eléctrica se ha pasado tres meses fastidiando con el recibo del cristal del local de negocio y con las bombillas, no las bombillas encendidas, esas no, porque era de día, sino las bombillas que explotaron con la bomba y dale que te pego con las bombillas y los *leds* y que cuestan y que hay muchos modelos nuevos de catálogo y que le hemos jodido la vida y la promoción y que en este país hacen falta empresarios y que para una vez que uno se pone pues llega un loco que quiere una patente y lo hace delante de su tienda, a ver tú porque Juan algún lugar tenía que escoger, qué iba a saber Juan que el de la eléctrica quería salvar el país porque él tenía bastante con salvar a su hermana, y, puestos a salvar, Juan también quisiera salvar el país.

El imbécil de la eléctrica ni sabía quién era Truman, y yo dándole explicaciones de bombas atómicas de Nagasaki y de

Hiroshima y nada, la única bomba importante era la de Juan. ¡Pobrecillo! Después su amigo Antonio, que tenía que apoyarlo porque los amigos se apoyan en estas cosas y más si están locos, por amigos y por locos, y porque hacían falta cuatro manos y espantar a la gente, que si llega a haber heridos encima los acusan de delitos de sangre y eso sí que nos hubiera costado un disgusto grande porque con muertos hasta lo mismo les caen unos días de cárcel (en realidad yo a Penal[1] he ido poco, pero que con unos días por terrorismo involuntario se hubiese saldado el crédito… Afortunadamente todavía España no huele a USA) y eso hubiese sido un contratiempo y nosotros no podemos tener contratiempos porque perdemos el autobús de la facultad o el de los botellones, que nos tenemos cogidas las dos líneas principales que nos dejan en la puerta donde todos se sientan por sus bolas donde les da la gana para quitarle la noche tranquila a los vecinos y con las bolsas para que los basureros tengan que pasarse la mañana como esclavos.

Así de fríos, por eso del culo en el suelo, pasamos a calentitos en un par de horas y no conocemos a nadie en cuanto nos bebemos todo lo que sale de los plásticos y, después, en pelotas con lo que a mí me gusta el nudismo en diciembre y nadie me dice ni palabra, ¡callados como muertos cuando me ven en bolas! ¿Eso no vale?

Que todo no va a ser meterse en la Cibeles con la Roja, digo yo, porque Antonio tiene también derecho a ser un buen amigo, como él dice, que buenos amigos se cuentan con los dedos de una mano y sobran y a todos nos sobran, nos sobran las manos y los dedos dentro y, sobre todo, que a Antonio no le gusta que le discutan. ¿Para qué discutir?

1 Derecho Penal. Asignatura de Derecho.

Después vino lo del jamón, ni de jabugo ni pata negra, uno corriente pero poco jamón catamos nosotros que el jamón y el pescado no cruzan la puerta del piso y cuando le saqué a mi madre el jamón no me apetecía compartirlo. Yo reconozco que *agarrao*, lo que se dice *agarrao*, soy. Porque lo escondía y Juan y Antonio lo buscaban hasta que me harté y lo lie en los gayumbos sucios de manera que no lo tocaban ni ofreciéndolo, porque a tacaño no me gana nadie. Ni brucelosis cogí, tengo buenos genes. Además, el alcohol lo mata todo. Lo de *agarrao* me viene de familia, mi madre se comería los euros si pudiera. Ellos me lo aguantan *tó*, hasta lo del jamón. ¿Cómo no voy a comprenderlos?

Si Juan se lía a mamporros con el proxeneta de su hermana, ¿no lo voy a entender? Además, para que se gaste el dinero de las mamadas en los coches con el tío ese, mejor que se lo gaste en la sangre, que para eso es sangre. Línea colateral que hasta eso he aprendido en la facultad.

Juan no es como yo, cuando Juan coge los cuartos de la puta nos servimos el güisqui en jarras como en las fiestas de la Lola Flores, nos pasamos varios días sin salir, de hecho, en la casa entra y sale el que quiere: la única manera de distinguimos a nosotros es porque somos los que no salimos. Normalmente los que dormimos en los *sofases*. Antonio se lía en la bandera y aguanta lo que haga falta, en el sueño eterno, aunque ya no nombra a Franco ni se pone la señal roja y amarilla en el reloj ni nada de aquello, tan solo se viste con la bandera que huele a alcohol —que te mueres— y en fin, un símbolo de lo que somos: borrachos en tiempo libre y tiempo libre nos sobra.

La novia de Juan se cabrea cuando hacemos una fiesta gorda porque la novia lo que quiere es que Juan le regale algo con el dinero, esa no piensa en otra cosa que en los regalos y Juan la tiene consentida. ¿Pues no le paga cuando salen? Ya mismo iba

yo a pagarle a alguien… Si es que a Juan lo que le pasa, le pasa por buenazo. ¡Como no hay tías! Pero el Juan *ná*, un sentimental, por eso tiene ya cuatro perros viviendo con nosotros: dice que le da pena que duerman en la calle. El caso es que abrigan, abrigar, abrigan. Antonio discute con alguno, porque Antonio tiene mal carácter —eso también— y los perros no aguantan bien las patadas, pero como ladran poco, los siete nos quedamos. Nos quedamos si sale mal la noche que si sale bien nos quedamos con los perros y con las tías que toquen, que ha pasado cada una por aquí que *pa* contarlo.

Juan, bueno, si tengo que describirlo yo diría que tiene una silueta difícil. De hecho, cuando hemos acabado en el zoológico —sí, en el zoológico; sí, acabamos la borrachera en el zoológico, no sé cómo, pero en ocasiones acabamos en el zoológico— en cuanto me pongo delante de una iguana pienso, joder, ¡si se parece a Juan!

Tiene los mismos ojos, iguales, también la inclinación porque Juan se inclina para todo, no sé si todos los locos lo hacen, pero Juan se inclina mucho, y la mirada idéntica. Yo añadiría hasta los andares, los andares de los locos, claro está. Tiene un punto de reptil. Yo no se lo voy a decir porque queda feo, solo lo aviso cuando se pasa sin cortarse las uñas y si no se lo digo yo se lo dice Antonio que *pa* eso es un buen amigo. De todas formas, Juan con su sinceridad habitual cuando ve una pelota de golf en la tele siempre nos dice, «yo no sé de qué, pero me suena», ¿cómo no le va a sonar? Si tiene dos balones iguales cada vez que se mira en el espejo. Parece que le han colocado dos bolas en lugar de ojos y le han coloreado el iris. Cuando los mueve tienes la sensación de que se esfuerza y todo. Él, que sabe que muy guapo no es, se justifica: «feo del todo no soy porque mi hermana es puta».

Nosotros nos portamos, claro, no vamos a decirle que a saber de quién es hija su hermana, y así respetamos a su fallecida madre que el pobre con el trauma de su hermana y su locura ya tiene bastante y nosotros dejamos a su madre en buen lugar para no generar dudas. Y si él nos saca algún interrogante, algo como «Oye, ¡qué poco que me parezco a Marta!», nosotros nos hacemos los sordos, aunque sea evidente que él a Marta no se parece en nada y menos que nada en el blanco de los ojos.

Antonio, que ya lo tiene calado, evita la zona de los reptiles en el zoológico, no vaya que se le encienda algún cable a Juan y se dé cuenta del parecido, al fin y al cabo, Juan está loco pero listo… ¡un rato! Tan listo que sabe hacer bombas.

A Antonio le puedes mirar los ojos, aunque la locura se deposita —como todo el mundo sabe— en las órbitas porque el tiroides no le ha gastado la faena de ponerlos saltones y ahuevados. No obstante, tiene muy mala leche, mucha, y si se cabrea te observa fijamente, un buen rato, eso lo hace como aviso, de manera que si te mira un rato fijamente debes quitarte de en medio para evitar una somanta de palos. Yo ya le voy cogiendo el tranco a esto y me comporto. Con Antonio en cuanto huelo a leche cortada me retiro educadamente a mi habitación y con Juan, por lo sentimental, en cuanto noto que lo hiero, me callo.

La novia de Juan no me atrae especialmente, por lo menos no me atrae de frente, por eso cuando va a casa y pone las posaderas en una butaca y los gusanitos encima de la mesa yo no tengo ningún problema. Así se pasan las horas viendo la televisión ¡y todos tan contentos! Antonio me tiene calado porque cuando Silvia se levanta —cosa que hace en contadas ocasiones— yo bajo los ojos y aquí no ha pasado nada, oiga. Porque lo que sí me gusta de Silvia es el culo.

Antonio es que lo nota todo. Para eso están los amigos de los locos que andan locos. Porque Silvia tiene un culo redondo, de esos culos echados hacia fuera que puedes poner una mano debajo de cada cachete y que se menean al mover las caderas y a mí se me va sin querer la mirada. Antonio ya me tiene educado, que todo se aprende. ¿Y ahora que me han educado me voy a cambiar de piso? ¿eh?

Ayer, Antonio volvió removido, revuelto de diez minutos antes de potar, de forma que le pregunté qué pasaba, que a mí ya me afecta verlo tan dolido. Él me dijo que la cosa iba a peor, a mucho peor, y yo no sabía si se refería al país que ya no sé a dónde puede ir o si él le daba vueltas a algo del trabajo que se le atraganta un día sí y otro también. El pobre andaba tan afectado que tardó cuatro horas en comunicarse. Por fin, puso sus sentimientos sobre la mesa ante la congoja de Juan, que se nos había unido severamente preocupado por la garganta de Antonio que no le dejaba ni hablar.

—Si es que son peores los de abajo que los de arriba.

Juan dijo aquello porque se había hecho una de las frases favoritas de Antonio, porque Antonio no aguantaba a los pobres que se portaban mal con otros pobres. Antonio decía que traicionar a otro si no se ha pasado mal pasaba, pero traicionar a otro cuando se ha pasado canutas… eso no tiene perdón. Por eso Juan apoyaba a su amigo convencido de alguna trastada laboral. Sin embargo, Antonio no quería hablar de la empresa de productos cárnicos en la que trabajaba.

—Salí a darme un paseo temprano, mucho, a eso de las cuatro porque ya se me despierta el cuerpo de pura costumbre y no tenía que descargar ninguna res. Aparqué el coche cerca del campo para darme un paseo y respirar aire que no fuera de cámara frigorífica o madrileño negro —. Por negro Antonio no se

refería a los extranjeros, que Antonio era facha pero buen muchacho, se refería al humo del tráfico—. ¡Pues no me veo a un cretino aplastando florecillas, y el tío no paró hasta que reventó quince o dieciséis!

Tenía el rostro desencajado, bien que lo entendíamos nosotros que para Antonio nada había peor que bañarse en mierda y querer bañar a los demás.

—¡El hijoputa no paró!

Ahí que estuvimos a su lado para que levantara el ánimo. Ya, más tranquilo, nos narró cómo le había destrozado una rodilla para los restos. Porque se aseguró de que fuese la rodilla y no tuviese solución, que crujiese hasta dar la vuelta a la pierna como un colgajo.

Nosotros, pendientes de los detalles, preguntamos si el asesino de florecillas había visto su matrícula, pero no, porque Antonio llevaba un rato andando y tenía el coche bien lejos. El tío sin rodilla naturalmente no pudo seguirlo. Además, Antonio le machacó el móvil con la bota para que no sacara fotos.

La cena se nos hizo más llevadera una vez que Antonio nos confesó su mal rato y yo dejé caer una de mis alegrías.

El caso es que había aguantado mucho tiempo a un envidioso en el café donde yo me tomo el café porque otros toman más cosas, pero yo tomo más cosas y café. Pues bien, uno de los feligreses me tenía ya hasta el gorro. No hacía más que presumir cada vez que tocaba la barra y yo a las doce, más o menos cuando me levanto, ya tenía mi plan preparado porque no aguanto a los vanidosos, esos como Mas que quieren firmar con sus autonomías acuerdos con otros países y necesitan a un Becaría que les recuerde la ley. Ese día me metí el tarro del Evacuol tras comprarlo en la farmacia y lo guardé en la chamarra. Cuando el imbécil empezó a largar, antes de que se tragara

el Marca, le volqué el tarro del Evacuol entero en el café y ni protestó. No quedaría como la rodilla, pero tuvo que apretarse más que de costumbre, seguro. Es algo estirado.

Sí, la noche de anoche, la celebramos bien con una pizza de Telepizza y no de Mercadona. Celebramos la cagada y la rodilla reventada, claro está.

Hoy, también, hemos visto juntos la televisión, el caso Heracles y las aseguradoras con un fraude de cincuenta millones de euros, las exigencias del Partido Popular buscando mil millones de euros perdidos ante la sorpresa de Izquierda Unida que respondía que sería muy retorcido echarle la culpa al gobierno treintañero socialista —¿y a quién se la echamos?— y una barriada anegada en agua en Écija, eso sí, en la tele dejaban claro que la barriada sumergida era una barriada legal… ¡Debe ser la única comunidad autónoma donde hay que aclarar cuando una barriada es legal, o el único país que lo hace!

Cuatro de cada diez inspecciones revelan fraude laboral: noticias de Andalucía, nada de particular.

De hecho comenzaba la primavera por ser veintiuno de marzo —nosotros andábamos recuperándonos de la fiesta de la primavera (había miles de borrachos como nosotros lo cual nos hacía sentir bien, integrados y solidarios, lo importante es ser grupo, grupo de alcohólicos y drogatas jóvenes anónimos por una causa justa: el alcohol)— y había una reunión muy importante de tíos con bolígrafos para garantizar la reactivación del empleo y la economía; si a eso le unías el frente cálido y las primeras floraciones no había ninguna razón para preocupaciones y yo que me había pasado la noche soñando con florecillas silvestres aplastadas por zapatos.

Los dulces se habían personalizado —sigo con las noticias, ¿eh?—, hecho que nos dejaba también respirar, tartas con